

Hot Fudge con Huidobro y Lindbergh

TEXTO: CARMEN BOULLOSA

Que el chileno Vicente Huidobro escribiera en 1927 un largo poema exaltando a Lindbergh, el primer piloto en cruzar sin escalas el Atlántico, combinación de aventurero, ingeniero aeronáutico, inventor, y político, parece, a la distancia de los años, una mala broma de los dioses.

Primero por un dato elemental para nosotros sus lectores: *Altazor*, el poema emblemático de Huidobro, tiene por protagonista a un hombre cayendo a perpetuidad. El que Huidobro haya sentido atracción por Lindbergh, el remontador de alturas por excelencia, el anti-Altazor, es como la antesala de la broma.

Pero que el héroe de este poema, al acercarse la segunda Guerra, se dejara condecorar por Hitler y pedaleara descaradamente su racismo, es muestra del exagerado humor muy negro de los dioses. Porque Huidobro, soldado voluntario entrando a Berlín para derrocar a Hitler, regresa a casa exhibiendo como trofeo de guerra el teléfono del Führer, y muere poco después por las secuelas de su herida de batalla. Los dioses locos que manejan la rueda del hilo de la vida son insensatos, o por lo menos les gusta jugar rudo. La verdad es que le echan demasiado chocolate derretido a sus helados.

La mala broma no para ahí: la cúspide de la celebridad de Lindbergh llega cuando secuestran a su hijo de 20 meses, el primero de marzo de 1932. Según un periodista de su tiempo, el secuestro fue “el acontecimiento más grande en la historia de la humanidad después de la Resurrección de Cristo”. Triste desenlace: la familia Lindbergh pagó el rescate, cincuenta mil dólares –una verdadera fortuna en esos tiempos– y el secuestrador asesinó al niño. (Pienso en *High and Low*,

la película de Kurosawa, y en Agatha Christie y su *Asesinato en el Expreso de Oriente*).

Lindbergh y su mujer huyen a Alemania para escapar de la atención pública y reconstruir de alguna manera su vida.

Otra broma de los dioses, o almendritas tostadas para adornar el divino hot fudge: encuentran al culpable del secuestro, y resulta ser a un alemán, Bruno Hauptman, carpintero de oficio, soldado en la Primera Guerra, colado sin papeles a Estados Unidos. Él siempre lo niega. Cae la pena de muerte.

Los dioses echan crema a su taco: en 1941, en un atestado Madison Square Garden, en un festival público anti-nazi llamado *Fun to be Free* –“Qué divertido es ser libre”–, cuando la gracia del público ha abandonado a su antiguo ídolo Lindbergh debido a sus proclividades pronazis, un bailarín de tap (Boyanglea), se lanza una rola sobre un ataúd de madera –que algún carpintero y no secuestrador preparó especialmente para el evento–, diciendo que éste contenía el cadáver de Hitler.

Por último, la cereza del postre preparado por los dioses: se ha escrito que en su estancia en Alemania, Lindbergh dio a luz a siete hijos fuera del matrimonio. Y encima de esta cereza, un adornito de crema batida: en el Central Park sigue la estatua de Lindbergh que costó Huidobro con aquel premio literario que ganó en estas tierras. •

CARMEN BOULLOSA

Ciudad de México, 1954. Escritora. Su novela más reciente es *El velázquez de París*, publicada por Ediciones Siruela.